

Un documento inédito de Andrés Fernández Truyols sobre la arqueología bíblica

An unpublished document by Andrés Fernández Truyols on Biblical Archaeology

JORDI VIDAL
Departament de Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana
Facultat de Lletres
Universitat Autònoma de Barcelona. 08193 Bellaterra
Jordi.Vidal.Palomino@uab.cat
<https://orcid.org/0000-0001-5405-0140>

Resumen

El objetivo del presente trabajo es el de analizar un carta inédita escrita por el biblista Andrés Fernández Truyols en 1946. Dicha carta contiene un resumen de las excavaciones realizadas hasta la fecha en los yacimientos de Teleilat el-Ghassul, Laquish, Jericó, Ai, Megiddo y Jerusalén. Asimismo, Fernández Truyols exponía las características principales que en su opinión debía tener la arqueología bíblica: (1) era una ciencia auxiliar de los estudios bíblicos que carecía de entidad autónoma; (2) su principal función era la de confirmar la veracidad histórico-religiosa de la Biblia; (3) era una disciplina nueva, por lo que cualquier posible discrepancia entre arqueología y Biblia debía atribuirse a su escaso desarrollo. El texto, en definitiva, ofrece una definición radicalmente conservadora y apologética de la arqueología bíblica.

Palabras clave: Teleilat el-Ghassul, Pontificio Istituto Biblico, exégesis bíblica

Abstract

The aim of this paper is to analyze an unpublished letter written by the biblical scholar Andrés Fernández Truyols in 1946. This letter contains a brief summary of the excavations carried out at Teleilat el-Ghassul, Lachish, Jericho, Ai, Megiddo and Jerusalem. Moreover, Fernández Truyols offered a definition of Biblical archaeology: (1) it was an auxiliary science of biblical studies that lacked an autonomous entity; (2) its main function was to confirm the historical-religious veracity of the Bible; (3) It was a new discipline, so any possible discrepancy between archeology and the Bible had to be attributed to its poor development. Ultimately, the letter offered a radically conservative and apologetic definition of Biblical archeology.

Key words: Teleilat el-Ghassul, Pontificio Istituto Biblico, Biblical exegesis

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / HOW TO CITE THIS ARTICLE

Vidal, J. (2022): "Un documento inédito de Andrés Fernández Truyols sobre la arqueología bíblica". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 48(1): 369-385. <<https://doi.org/10.15366/cupauam2022.48.1.011>>.

1. Introducción¹

El jesuita Andrés Fernández Truyols (Manacor, 1870-Sant Cugat del Vallès, 1961), a pesar del relativo silencio que se cierne actualmente sobre su figura, fue uno de los biblistas españoles más destacados de la primera mitad del siglo XX (Arce, 1944; Planas, 1952; Solá, 1960; Sala, 1962; Ladaria, 2001).

Especialista en geografía bíblica y exégesis del Antiguo Testamento (véanse, por ejemplo, Fernández Truyols, 1917; 1936a; 1938; 1950 y 1951), Fernández Truyols tuvo una dilatada carrera académica y llegó a ocupar puestos de máxima relevancia en una de las principales instituciones internacionales dedicada a los estudios bíblicos. Así, entre otros, fue profesor de Sagrada Escritura en el Saint Beuno's College (Gales) (1903-1906), en la Facultad de Teología de Tortosa (1906-1909) y en el Pontificio Instituto Bíblico (PIB) de Roma. De hecho, su trayectoria estuvo estrechamente ligada al PIB, donde, al margen de actuar como profesor desde su fundación en 1909, ocupó los cargos de vicerrector (1914-1917) y rector (1918-1924) respectivamente. En 1929 se trasladó a la casa del PIB en Jerusalén, donde permaneció hasta 1947, cuando optó por retirarse en Cataluña.

Su abundante documentación personal se conserva en el Arxiu Històric dels Jesuïtes de Catalunya. Allí se encuentran, entre otros, algunos trabajos inéditos así como su correspondencia privada. Entre dicha correspondencia hallamos la copia de una carta mecanografiada de 21 de septiembre de 1946, dirigida al también jesuita Ramón Aguiló (véase apéndice)². En el texto, de ocho folios de extensión, Fernández Truyols repasaba la situación de la investigación arqueológica relacionada con la Biblia, situación que conocía de primera mano gracias sobre todo a sus contactos con los arqueólogos del PIB.

El propósito de este trabajo es el de presentar y analizar ese documento inédito, que da a conocer la opinión autorizada de su autor acerca del estado y la función que debía cumplir la arqueología bíblica a mediados del siglo XX. En este sentido, como veremos en los apartados siguientes, las ideas expuestas por Fernández Truyols a lo largo del texto ejemplifican bien las tendencias más conservadoras y apologeticas de la arqueología bíblica católica. Sus palabras aparecen como una reacción defensiva a las propuestas de la escuela histórico-crítica, planteadas por Julius Wellhausen y sus seguidores, las cuales, entre otros, negaban la autoría mosaica del Pentateuco (teoría documentaria) y ponían en tela de juicio la historicidad de las tradiciones más antiguas de Israel, relativas a las sagas patriarcales, el Éxodo y la conquista de Canaán. Frente a ese desafío, la exégesis más conservadora, bien atestiguada en la carta de Fernández Truyols, recurrió a la arqueología con el fin de hallar evidencias materiales que confirmasen la fiabilidad histórica de la Biblia y desacreditar así las corrientes exegéticas críticas (Moorey, 1991: 13). El texto que aquí presentamos, por lo tanto, tiene el valor de atestiguar un momento historiográfico especialmente efervescente, caracterizado por las disputas en torno a la validez del texto bíblico como fuente histórica.

2. Las excavaciones del Pontificio Instituto Bíblico en Teleilat el-Ghassul (1929-1938)

La carta de Fernández Truyols consta de dos partes bien diferenciadas. En la primera, que es la que estudiamos en este apartado, nuestro autor explica con cierto detalle las excavaciones que los arqueólogos del PIB, dirigidos por Alexis Mallon y Robert Koepfel, realizaron en el yacimiento jordano de Teleilat el-Ghassul entre 1929 y 1938. A lo largo del texto, Fernández Truyols repasaba de manera sumaria cuestiones como la localización geográfica del asentamiento, la estratigrafía, el urbanismo, la arquitectura doméstica, la cerámica, la industria lítica y el significado de las pinturas murales allí recuperadas. Sin embargo, su principal foco de interés, como

¹ El presente trabajo se ha escrito en el marco del proyecto de investigación PID2020-114676GB-I00, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación. Agradezco a José Antonio Yoldi S.J. su ayuda durante la consulta del fondo documental de Andreu Fernández Truyols.

² Caja 961/17-8. Fons Andreu Fernández Truyols. Arxiu Històric S.J. Catalunya.

veremos a continuación y de acuerdo con los postulados más tradicionales de la arqueología bíblica, se centraba en la posible identificación de Teleilat el-Ghassul con las ciudades de Sodoma y Gomorra, defendiendo que las mismas hubieron de situarse en el norte del mar Muerto y no en el sur, como pretendían la mayoría de exégetas (véanse, por ejemplo, Mulder, 1992; Cline, 2007: 39 y ss.).

Ya con anterioridad Fernández Truyols había publicado dos artículos sobre dichas excavaciones, en los que presentaba a los lectores en lengua castellana un resumen de los trabajos del PIB en Teleilat el-Ghassul (Fernández Truyols, 1934; 1936b). De hecho, la mayoría de los párrafos de nuestro documento son idénticos a los publicados en dichos artículos, aunque en ocasiones, Fernández Truyols aprovechó la nueva oportunidad para corregir algunos errores de bulto, tal y como se aprecia en el siguiente ejemplo:

Sabido es, en efecto, que en tiempos remotos hubo una o varias emigraciones de pueblos del Oriente hacia Canadá (Fernández Truyols, 1936b: 6).

Sabido es, en efecto, que hubo una o varias emigraciones de pueblos del Oriente hacia Canaán (texto de 1946).

Sin embargo, más allá de cuestiones de detalle como esa, una lectura atenta de los tres textos muestra algunas variaciones significativas que tratamos a continuación. Así, en su artículo de 1936 Fernández Truyols recogía diversos comentarios realizados por autores como Anton Jirku, William F. Albright y Peter Thomsen, quienes coincidían a la hora de destacar la relevancia arqueológica de las excavaciones de Teleilat el-Ghassul. Acto seguido informaba a los lectores sobre cuál era la confesión religiosa de los tres autores mentados. Con dicho comentario evidenciaba la importancia que por aquel entonces tenía la rivalidad religiosa en el desarrollo de las discusiones académicas relacionadas con la arqueología bíblica:

Es de notar que los tres profesores que hemos citado son todos protestantes, y que por tanto no es de presumir que sus palabras hayan sido inspiradas

por sentimientos excesivamente favorables a una obra llevada a cabo por un Instituto Pontificio y en particular por Padres de la Compañía de Jesús (Fernández Truyols, 1936b: 2s.).

Por el contrario, en el documento de 1946, a pesar de repetir las citas de los tres autores, no solo no mencionaba sus nombres sino que también eliminó cualquier referencia a su confesión religiosa, evitando así repetir polémicas innecesarias. Por desgracia, tan solo podemos especular acerca de los motivos que le llevaron a suprimir aquel punto concreto de su texto. Tal vez la fundación en 1920 de The Palestine Oriental Society, creada con el propósito de fomentar la colaboración académica entre católicos, protestantes, judíos y árabes, había dado sus frutos y le había llevado a eliminar aquella referencia a la confesión religiosa de Jirku, Albright y Thomsen.

No obstante, la novedad más significativa de la carta de 1946 es la que hacía referencia precisamente al tema que más interesaba a Fernández Truyols, esto es, la posible resonancia bíblica de Teleilat el-Ghassul. Así, en los artículos de 1934 y 1936, y siguiendo las propuestas de Mallon, defendía la ya referida posibilidad de identificar dicho yacimiento con las ciudades de Sodoma o Gomorra. Incluso, llegaba al extremo de proponer que los estratos de cenizas documentados en Teleilat el-Ghassul podían ser el resultado de la lluvia de fuego divina descrita en Génesis 19: 23-25. De esa forma, queda claro que Fernández Truyols aspiraba a que la arqueología no únicamente confirmase acontecimientos históricos, sino también elementos sobrenaturales:

[...] no faltaban ciertos indicios que favorecían dicha hipótesis. [...] Además, las extensas capas de ceniza que por todas partes se descubrían corresponden en un todo al relato bíblico de que Sodoma fué destruída por el fuego llovido del cielo (Fernández Truyols, 1936b: 7).

En 1946, por el contrario, hubo de corregir su postura. Con anterioridad, autores como Albright habían cuestionado la datación baja que los arqueólogos del PIB habían dado al yacimiento. En su lugar proponían fecharlo entre el 4000 y el 3000 a. e. c.

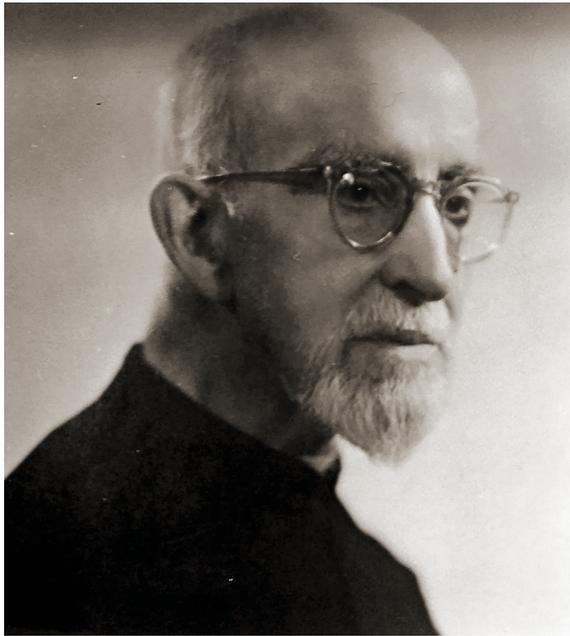


Figura 1. Andrés Fernández Truyols (Manacor, 1870-Sant Cugat del Vallès, 1961)

Figure 1. Andrés Fernández Truyols (Manacor, 1870-Sant Cugat del Vallès, 1961)

(Albright, 1932). Fernández Truyols, que en los artículos anteriores se había hecho eco del debate entre Albright y Mallon sobre la cronología del yacimiento (Fernández Truyols, 1936b: 6), ahora asumía como probable la datación alta de Albright y aceptaba que, dadas las circunstancias, era imposible continuar defendiendo la identificación de Teleilat el-Ghasul con Sodoma o Gomorra, aunque en ningún caso negaba la destrucción de ambas ciudades como consecuencia de la ira divina:

si viene a confirmarse plenamente la fecha que hoy día señalan la mayor parte de los arqueólogos a sus ruínas, que es 4000 a 3000 a. C., es claro que no es posible identificarlo con ninguna de las ciudades de la Pentápolis, pues no es posible hacer remontar a tal fecha la época de Abrahán (texto de 1946).

Las excavaciones posteriores en Teleilat el-Ghasul dirigidas por J. Basil Hennessy no solo confirmaron el carácter prehistórico del asentamiento, sino que a partir de dataciones radiocarbónicas pudieron determinar con precisión que el mismo estuvo ocupado desde el Neolítico Final hasta el Calcolítico (ca. 4600-3600 a. e. c.) (Hennessy, 1992: 1003 y 1997: 161;

Levy, 1993), por lo que, efectivamente, no podía guardar ninguna vinculación con acontecimientos bíblicos relacionados con los patriarcas de Israel.

3. Otras excavaciones

La segunda parte de la carta de Fernández Truyols abandona el ejemplo concreto de Teleilat el-Ghasul y trata de ofrecer una visión panorámica de la situación de la arqueología bíblica en 1946, a través del repaso de la investigación realizada en cinco de los yacimientos más representativos del país: Laquish, Jericó, Ai, Megiddo y Jerusalén. En ningún momento aclaraba qué criterios había seguido para escoger esos cinco yacimientos y omitir otros trabajos igualmente significativos como las excavaciones norteamericanas en Bet-Shan, Mizpa, Bet-Shemesh, Tell Beit Mirsim y Samaria, las británicas en Ashkelon, Tell Jemmeh, Tell el-Farah o Tell el-Ajjul, las alemanas en Siquem, etc. Probablemente su elección respondía al mero hecho de que aquellos eran los cinco yacimientos que conocía mejor.

Fernández Truyols iniciaba esta segunda parte del texto con el resumen de los principales hallazgos realizados por la misión inglesa dirigida por James Leslie Starkey y Olga Tufnell en Tell ed-Duweir (la antigua Laquish), entre 1932 y 1938 (Ussishkin, 1993: 897 y ss.). Allí, al margen de describir diversas estructuras arquitectónicas monumentales, destacaba con especial énfasis el descubrimiento de las denominadas «Lachish Letters», un conjunto de 20 *ostraca* escritos en hebreo y datados poco antes de la conquista de la ciudad por parte de las tropas babilónicas el 587 a. e. c. A pesar de que el resumen de Fernández Truyols era correcto, el autor demostró tener un conocimiento poco actualizado de aquellas excavaciones, que creía todavía en marcha, cuando en realidad habían terminado hacía ocho años, como consecuencia del asesinato de Starkey (Garfinkel, 2016; Ussishkin, 2019), un trágico suceso que Fernández Truyols no mencionaba en la carta.

Mayor interés mostraba por el segundo de los yacimientos estudiados, Jericó, un tema que ya había abordado con anterioridad (Fernández Truyols, 1933;

Vidal, e.p.). En este caso, Fernández Truyols celebraba especialmente el propósito apologético de las excavaciones que John Garstang dirigió allí entre 1930 y 1936, unas excavaciones que se habían planteado con el objetivo explícito de confirmar la veracidad histórica del relato bíblico acerca de la conquista de la ciudad (Josué 6) (Sala, 2014: 124 y ss.; Nigro, 2020: 177). Trabajos previos habían puesto en duda la fiabilidad de dicho relato, al señalar que durante el Bronce Reciente, cuando supuestamente Josué habría logrado el derrumbe de las murallas con la ayuda divina, Jericó ni tan siquiera disponía de fortificaciones (Albright, 1924; Watzinger, 1926). Garstang creía haber solucionado el problema dándole la denominada muralla doble de adobe precisamente en el Bronce Reciente. Fernández Truyols se posicionó con vehemencia en el debate a favor de Garstang y acusó a los autores críticos de comportarse como «pseudocientíficos».

Sin embargo, como es bien sabido, las excavaciones posteriores de Kathleen Kenyon demostraron que la muralla doble de adobe debía datarse en el Bronce Antiguo III y que, efectivamente, Jericó carecía de fortificaciones durante el Bronce Reciente (Kenyon, 1966 [1957]: 146 y ss.; Nigro, 2013: 6), lo que supuso un duro revés a la supuesta historicidad del relato de Josué y, por consiguiente, a los planteamientos apologéticos de Garstang y Fernández Truyols.

Un problema muy similar se abordaba en el siguiente yacimiento estudiado. Nos referimos a las excavaciones de Judith Marquet-Krause en Et-Tell (bíblica Ai) (Marquet-Krause, 1935; Petit, 2014: 47 y ss.). Como era de prever, el texto se centra en el problema bíblico que suponía la aceptación de la cronología propuesta por Marquet-Krause, según la cual la ciudad fue destruida y abandonada en torno al 2000 a. e. c., una fecha que invalidaba el relato de la conquista israelita descrita en Josué 7-8 y fechada en torno al 1200 a. e. c. A continuación, Fernández Truyols exponía dos de las teorías que intentaban recomponer la coherencia entre Biblia y arqueología. Nos estamos refiriendo, en primer lugar, a la hipótesis de Albright según la cual Josué 7-8 en realidad narraría la conquista de Betel y no la de Ai (Albright, 1934: 11). La segunda propuesta era la de

Louis H. Vincent, que señalaba que probablemente los israelitas liderados por Josué se enfrentaron con poblaciones cananeas que se habrían refugiado en las ruinas abandonadas de Ai (Vincent, 1937). Tras exponer ambas hipótesis, Fernández Truyols las rechazaba de plano. En su opinión, las discrepancias entre Biblia y arqueología en torno a la conquista de Ai no debían resolverse con piruetas exegéticas como las planteadas por Albright y Vincent. Por el contrario, consideraba que dichas discrepancias se debían simplemente al hecho de que los arqueólogos todavía no habían sido capaces de identificar los niveles del Bronce Reciente en Et-Tell. Así, Fernández Truyols reiteraba en este documento una propuesta que había publicado once años antes, cuando ya había manifestado la misma perspectiva con el fin de salvaguardar la inerrancia bíblica: «¿Diremos, pues, que la narración de Jos. 7-8 no responde a la realidad objetiva? En ninguna manera [...]. Por el momento, la única actitud prudente, y también científica, es esperar el desenvolvimiento de las excavaciones» (Fernández Truyols, 1935: 114-115).

Cabe notar, sin embargo, que las excavaciones posteriores dirigidas por Joseph Callaway entre 1964 y 1976, lejos de confirmar las esperanzas de Fernández Truyols, determinaron que el yacimiento de Et-Tell fue destruido de forma violenta y abandonado en torno al 2400 a. e. c., lo que terminó por desmentir la supuesta historicidad de Josué 7-8 (Callaway, 1992).

Por lo que se refiere a las excavaciones en Megiddo, se repite la misma situación que en Laquish. Fernández Truyols iniciaba su resumen con una breve historia de la investigación del yacimiento, y mencionaba los trabajos de Gottlieb Schumacher y la Deutsche Orient-Gesellschaft (1903-1905) y las excavaciones del Oriental Institute de Chicago, dirigidas sucesivamente por Clarence S. Fisher, Philip L. O. Guy, Robert S. Lamon y Gordon Loud. En este punto, afirmaba que la misión iniciada en 1925 todavía seguía en curso en 1946, cuando en realidad había terminado definitivamente en 1939, tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial (Franklin, 2014: 203). Por lo que se refiere a la descripción de los principales hallazgos realizados por ambas misiones, Fernández Truyols destacaba las instalaciones hidráulicas de la

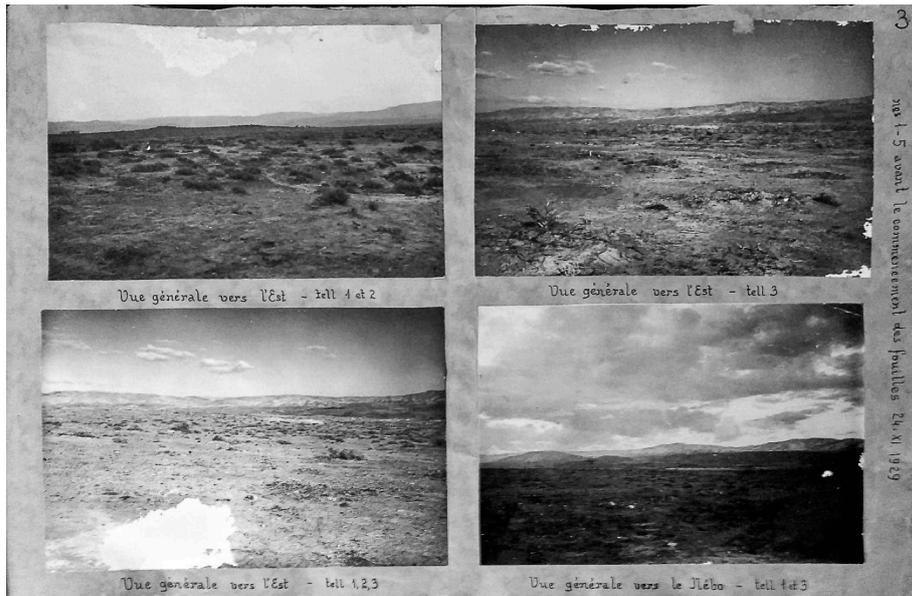


Figura 2. Teleilat el-Ghassul, antes de las excavaciones del Pontificio Istituto Biblico (Teleilat Ghassul: Excavation Archives)

Figure 2. Teleilat el-Ghassul, before the excavations by the Pontificio Istituto Biblico (Teleilat Ghassul: Excavation Archives)

ciudad, supuestamente de época cananea aunque, más tarde, Yadin corrigió esa datación y las situó en el siglo IX a. e. c. (Yadin, 1972: 89 y ss.). En cualquier caso, y como era de esperar teniendo en cuenta sus resonancias bíblicas, dedicó especial atención a la descripción de los denominados «establos de Salomón», unas estructuras que habían sido identificadas y excavadas por Guy, quien rápidamente las puso en relación con las obras salomónicas mencionadas en 1 Reyes 9: 19 (Guy, 1931). Estudios recientes han confirmado que, efectivamente, aquellas estructuras eran establos (Cantrell, 2011: 87 y ss.), aunque fueron construidas en el siglo VIII a. e. c., probablemente durante el reinado de Jeroboam II (Cline, 2006; Cline y Cohen, 2006), lo que, una vez más, ha invalidado la correlación entre Biblia y arqueología que celebraba Fernández Truyols en la carta.

Nuestro protagonista terminó su repaso con un extenso apartado dedicado a Jerusalén. No obstante, ya desde el primer momento renunció a intentar resumir, dada su complejidad, la historia de las intervenciones arqueológicas realizadas en la ciudad. Con todo, sí que se refería a las que él consideraba como las primeras excavaciones científicas, las llevadas a cabo por el ingeniero inglés Charles Warren en 1867 (Warren, 1876). De esa forma, Fernández Truyols

optaba por ignorar los trabajos previos, patrocinados por el Museo del Louvre, que Louis Félicien de Saulcy realizó en 1863 en las denominadas Tumbas de los Reyes (Steiner, 2014: 26), bien por desconocer su existencia, bien por considerar que no entraban dentro de la categoría de «excavaciones científicas».

Más allá de esa omisión, Fernández Truyols decidió poner el énfasis en la posible localización, por parte del arqueólogo irlandés R. A. Stewart Macalister, de un sector de la muralla de Jerusalén de época jebusea (Macalister y Duncan, 1926). Como suele ser habitual a lo largo del documento, Fernández Truyols omitía el nombre del director de las excavaciones que trabajó en la zona del Ophel entre 1923 y 1925.

Otro de los trabajos que llamó su atención, debido a su resonancia bíblica inmediata, fueron las investigaciones de Raymond Weill, financiadas por Edmond de Rothschild y desarrolladas en dos etapas distintas (1913-1914 y 1923-1925). A lo largo de las mismas Weill identificó un sistema de túneles en el sector meridional de la Ciudad de David. Aunque dichos túneles aparecieron completamente vacíos, Weill propuso interpretarlos como las antiguas tumbas de los reyes de Judá, a partir de diversos pasajes bíblicos que parecían situar la necrópolis real cerca

de aquel sector de la ciudad (Steiner, 2014: 27). En esta ocasión, Fernández Truyols se mostraba menos categórico a la hora de aceptar la propuesta de Weill de lo que se había mostrado anteriormente respecto a otros descubrimientos que presuntamente confirmaban distintos episodios bíblicos. La medida con la que valoraba la propuesta de Weill se explica probablemente por el hecho de que se trataba de un hallazgo que no corroboraba directamente ningún acontecimiento histórico destacable que contribuyese a confirmar la inerrancia bíblica. En cualquier caso, cabe recordar que la posible localización de la tumba de David y de sus sucesores en ese sector de la ciudad es un tema que todavía hoy genera un intenso debate historiográfico (véase, por ejemplo, Zorn, 2012).

Fernández Truyols también hizo una breve referencia, aunque de nuevo sin citar a sus directores, a las excavaciones de Robert W. Hamilton en el sector norte de la Puerta de Damasco (1937-1938) (Hamilton, 1944) y a las de Cedric N. Johns en la Ciudadela, cerca de la Puerta de Jaffa (1934-1940) (Johns, 1950). En esta ocasión, por tanto, y a diferencia de lo que sucedió en los casos de Laquish y Megiddo, Fernández Truyols sí demostraba un conocimiento actualizado de la investigación arqueológica que se llevaba a cabo en la ciudad en la que residía desde 1929.

Con el resumen de la arqueología de Jerusalén, Fernández Truyols ponía punto y final a una extensa carta con la que pretendía informar a su corresponsal acerca de las principales excavaciones llevadas a cabo en Tierra Santa hasta 1946. Sin embargo, el interés principal del texto, más allá de los datos concretos consignados, radica en la exposición de sus opiniones acerca de las características que debía tener la arqueología de la región si quería contribuir de manera relevante al desarrollo de los estudios bíblicos.

4. Consideraciones finales

En nuestra opinión, la carta de Fernández Truyols expone una visión especialmente conservadora y apologetica de la arqueología bíblica, que se estructura en torno a tres ideas principales. La primera es

la que hace referencia a la naturaleza de la disciplina, definida como una ciencia auxiliar de los estudios bíblicos, sin autonomía de ningún tipo. La arqueología debía limitarse a confirmar la veracidad de los acontecimientos descritos en la Biblia.

La segunda idea formulada por Fernández Truyols se refería a la postura que debía adoptarse en el caso de que la arqueología plantease alguna discrepancia substancial con las Sagradas Escrituras. Si eso sucedía, no se contemplaba el cuestionamiento de la inerrancia bíblica, sino que la contradicción debía atribuirse o bien a la incapacidad de los arqueólogos para interpretar correctamente el registro material, o bien a la falta de información suficiente. Esta fue su manera de proceder en el caso de las excavaciones en Ai y Jericó, donde la existencia de datos que contradecían la presunta conquista israelita descrita en el libro de Josué hizo que el autor lanzase duros reproches contra los arqueólogos críticos, al tiempo que pedía paciencia, convencido de que futuros hallazgos inevitablemente corregirían cualquier discrepancia, aparente y momentánea, entre Biblia y arqueología.

Por último, la tercera idea formulada por Fernández Truyols se refería a la capacidad que concedía a la arqueología bíblica no solo de confirmar acontecimientos históricos sino también hechos sobrenaturales de origen divino, lo que da una idea más precisa del carácter apologetico y teológico que atribuía a la disciplina. Prueba de ello es el posible origen sobrenatural que otorgó en un primer momento a los estratos de cenizas identificados en Teleilat el-Ghassul.

Ciertamente, durante la edad dorada de la arqueología bíblica, la voluntad de garantizar la historicidad de la Biblia a través de la cultura material fue una constante. Sin embargo, a diferencia de Fernández Truyols, los principales arqueólogos del momento (Albright, Glueck, Vincent, etc.) mostraron una mayor sutileza en sus planteamientos, aceptando que a menudo las evidencias arqueológicas podían resultar equívocas, y que el significado histórico de determinados pasajes bíblicos admitía diversas interpretaciones.

No obstante, lejos de constituir un caso aislado, debemos señalar que esta concepción apologetica y conservadora de la arqueología bíblica manifestada

por Fernández Truyols en la carta fue la predominante en España hasta la década de 1960 (Vidal, 2019a). Así lo demuestra un nutrido conjunto de publicaciones que se hacían eco puntual del progreso de la investigación arqueológica en Palestina, siempre con el ánimo de combatir las denominadas aproximaciones racionalistas al estudio del texto bíblico (véanse, entre otros, Ferrero, 1931a y 1931b; Celada, 1944; Fuente, 1947; Yubero, 1953).

A partir de la década de 1960 y gracias sobre todo a la actividad de los arqueólogos de la Casa de Santiago en Jerusalén, se abrió una nueva etapa en el estudio arqueológico de Tierra Santa (González Echegaray, 1988; Sánchez y Calvo, 2015; Vidal, 2018 y 2019b). Así, y a pesar de su condición de eclesiásticos, la labor arqueológica de investigadores como Joaquín González Echegaray en Mogaret Dalal (1960-1961) y El-Khiam (1962), y de Emilio Olívarri en Khirbet Arair (1964-1966) se caracterizó por el rigor metodológico y por la voluntad de secularizar la disciplina y adaptarla a los estándares científicos vigentes, cada vez más elevados gracias a la introducción de nuevas metodologías y corrientes teóricas (Moorey, 1991: 87 y ss.; Cline, 2009: 60 y ss.). Por aquel entonces, las ideas defendidas por Fernández Truyols pasaron a ocupar un espacio marginal en el debate académico.

Bibliografía

- Albright, W. F. (1924): "Ai and Beth-aven". *Annual of the American Schools of Oriental Research*, 4: 141-149.
- Albright, W. F. (1932): "The Chalcolithic Age in Palestine". *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 48: 10-13.
- Albright, W. F. (1934): "The Kyle Memorial Excavation at Bethel". *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 56: 2-15.
- Arce, A. (1944): *Vida y escritos del P. Andrés Fernández*. Jerusalén.
- Callaway, J. (1992): "Ai". En D. N. Freedman (ed.): *The Anchor Bible Dictionary*, 1. Doubleday: 125-130.
- Cantrell, D. O. (2011): *The Horsemen of Israel: Horses and Chariotry in Monarchic Israel (Ninth-Eighth Centuries BCE)*. Winona Lake.
- Celada, B. (1944): "El clamor de las piedras". *Cultura Bíblica*, 1: 26-29.
- Cline, E. H. (2006): "Area L: The 1998-2000 Seasons". En I. Finkelstein, D. Ussishkin y B. Halpern (eds.): *Megiddo IV. The 1998-2002 Seasons*. Tel Aviv: 104-123.
- Cline, E. H. (2007): *From Eden to Exile. Unraveling Mysteries of the Bible*. Washington.
- Cline, E. H. (2009): *Biblical Archaeology. A Very Short Introduction*. Oxford.
- Cline, E. H. y M. Cohen (2006): "Area L, Appendix: The 2004 Season". En I. Finkelstein, D. Ussishkin y B. Halpern (eds.): *Megiddo IV. The 1998-2002 Seasons*. Tel Aviv: 124-129.
- Fernández Truyols, A. (1917): *Breve Introducción a la Crítica Textual*. Roma.
- Fernández Truyols, A. (1933): "¿Fue Jericó tomada por Josué?". *Estudios Eclesiásticos*, 12: 100-113.
- Fernández Truyols, A. (1934): "Excavaciones del Pontificio Instituto Bíblico en el valle del Jordán". *Juventus*, 1934: 158-162.
- Fernández Truyols, A. (1935): "La Arqueología y el Éxodo". *Estudios Eclesiásticos*, 14: 113-116.
- Fernández Truyols, A. (1936a): *Problemas de Topología Palestinense*. Barcelona.
- Fernández Truyols, A. (1936b): "Las excavaciones en Teleilat Ghassul". *Hechos y Dichos*, 25: 267-276.
- Fernández Truyols, A. (1938): *Commentarius in Librum Iosue*. Paris.
- Fernández Truyols, A. (1950): *Comentarios a los Libros de Esdras y Nehemías*. Madrid.
- Fernández Truyols, A. (1951): *Geografía Bíblica (El País de Jesús)*. Barcelona.
- Ferrero, F. M. (1931a): "Las investigaciones arqueológicas en Palestina". *Estudios Bíblicos*, 2: 23-54.
- Ferrero, F. M. (1931b): "La destrucción de Jericó y el osario de «Jesús hijo de José»". *Estudios Bíblicos*, 3: 203-221.
- Franklin, N. (2014): "A Visit to Tel Megiddo in the Spring of 1954". En B. Wagemakers (ed.): *Archaeology in the Land of 'Tells and Ruins'. A History of Excavations in the Holy Land Inspired by the Photographs and Accounts of Leo Boer*. Oxford: 203-215.
- Fuente, E. (1947): "Las murallas de Jerusalén. Nuevos descubrimientos". *Cultura Bíblica*, 4: 158-159.

- Garfinkel, Y. (2016): "The murder of James Leslie Starkey near Lachish". *Palestine Exploration Quarterly*, 148: 84-109.
- González Echegaray, J. (1988): "La labor arqueológica del Instituto Español Bíblico y Arqueológico de Jerusalén (1956-1988)". *Estudios Bíblicos*, 46: 231-248.
- Guy, P. L. O. (1931): *New Light from Armageddon. Second Provisional Report (1927-29) on the Excavations at Megiddo in Palestine*. Chicago.
- Hamilton, R. W. (1944): "Excavations Against the North Wall of Jerusalem, 1937-8". *Quarterly of the Department of Antiquities of Palestine*, 10: 1-54.
- Hennessy, J. B. (1992): "Ghassul, Tuleilat el-". En D. N. Freedman (ed.): *The Anchor Bible Dictionary*, 2. New York: 1003-1006.
- Hennessy, J. B. (1997): "Teleilat el-Ghassul". En E. M. Meyers (ed.): *The Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East*, 5. Oxford: 161-163.
- Johns, C. N. (1950): "The Citadel, Jerusalem. A Summary of Work since 1934". *Quarterly of the Department of Antiquities of Palestine*, 14: 121-188.
- Kenyon, K. M. (1966 [1957]): *Desenterrando a Jericó*. México.
- Ladaria, L. F. (2001): "Fernández Truyols, Andrés". En C. E. O'Neill y J. M. Domínguez, (eds.): *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-temático*, II. Madrid: 1404.
- Levy, T. E. (1993): "Ghassul, Tuleilat el-". En E. Stern (ed.): *The New Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, 2. New York: 506-511.
- Macalister, R. A. S. y J. G. Duncan (1926): *Excavations on the Hill Ophel, Jerusalem, 1923-1925*. London.
- Marquet-Krause, J. (1935): "Et-Tell". *The Quarterly of the Department of Antiquities in Palestine*, 4: 204-205.
- Moorey, R. (1991): *A Century of Biblical Archaeology*. Cambridge.
- Mulder, M. J. (1992): "Sodom and Gomorrah". En D. N. Freedman (ed.): *The Anchor Bible Dictionary*, 6. New York: 99-103.
- Nigro, L. (2013): "Jericho". En D. M. Master (ed.): *The Oxford Encyclopedia of the Bible and Archaeology*, 2. Oxford: 1-8.
- Nigro, L. (2020): "The Italian-Palestinian Expedition to Tell es-Sultan, Ancient Jericho (1997-2015): Archaeology and Valorisation of Material and Immaterial Heritage". En R. Thyrsa Sparks, B. Finlayson, B. Wagemakers y J. M. Briffa (eds.): *Digging Up Jericho. Past, present and future*. Oxford: 175-214.
- Petit, L. P. (2014): "An Archaeological Historiography of Khirbet et-Tell and the Ongoing Search for the Biblical City of 'Ai". En B. Wagemakers (ed.): *Archaeology in the Land of 'Tells and Ruins'. A History of Excavations in the Holy Land Inspired by the Photographs and Accounts of Leo Boer*. Oxford: 41-55.
- Planas, F. (1952): *El Rdo. P. Andrés Fernández Truyols, S.J. Hijo ilustre de la ciudad de Manacor*. Mallorca.
- Sala, M. (1962): "Al servicio de la palabra de Dios: el P. Andrés Fernández y el Pontificio Instituto Bíblico". *Razón y Fe*, 165: 505-516 y 603-614;
- Sala, M. (2014): "The Archaeological Expeditions to Tell es-Sultan". En B. Wagemakers (ed.): *Archaeology in the Land of 'Tells and Ruins'. A History of Excavations in the Holy Land Inspired by the Photographs and Accounts of Leo Boer*. Oxford: 117-130.
- Sánchez, J. M. y J. A. Calvo (eds.) (2015): *La Casa de Santiago en Jerusalén. El Instituto Español Bíblico y Arqueológico en Tierra Santa*. Estella.
- Solá, F. de P. (1960): "R. P. Andrés Fernández Truyols, S.J.". *Estudios Eclesiásticos*, 34: 311-325.
- Steiner, M. L. (2014): "One Hundred and Fifty Years of Excavating Jerusalem". En B. Wagemakers (ed.): *Archaeology in the Land of 'Tells and Ruins'. A History of Excavations in the Holy Land Inspired by the Photographs and Accounts of Leo Boer*. Oxford: 25-37.
- Ussishkin, D. (1993): "Lachish". En E. Stern (ed.): *The New Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, 3. Jerusalem: 897-911.
- Ussishkin, D. (2019): "The murder of James Leslie Starkey: Addendum to the paper of Yosef Garfinkel". *Palestine Exploration Quarterly*, 151: 146-154.
- Vidal, J. (2018): "Khirbet Arair, 1964. El origen de la arqueología bíblica en España". *Zephyrus*, 81: 223-236.
- Vidal, J. (2019a): "El origen de la arqueología bíblica en España". En J. Gil y A. Mederos (eds.): *Orientalística en tiempos difíciles. Actas del VII Congreso Nacional del Centro de Estudios del Próximo Oriente*. Zaragoza: 361-370.

- Vidal, J. (2019b): “España se ha estrenado en el campo de la Arqueología de Tierra Santa”. Mogaret Dalal (1960-1961)”. *Complutum*, 30: 29-41.
- Vidal, J. (en prensa). “Dos noticias inéditas de Andreu Fernández Truyols sobre las excavaciones de John Garstang en Jericó”. *Aula Orientalis*.
- Vincent, L. H. (1937): “Les fouilles d’Et-Tell=‘Aï”. *Revue Biblique*, 46: 231-266.
- Warren, C. (1876): *Underground Jerusalem. An account of Some of the Principal Difficulties Encountered in its Exploration and the Results Obtained*. London.
- Watzinger, C. (1926): “Zur Chronologie der Schichten von Jericho”. *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, 80: 131-136.
- Yadin, Y. (1972): *Hazor: The Head of All Those Kingdoms*. London.
- Yubero, D. (1953): “Nuevos descubrimientos bíblicos en Palestina”. *Cultura Bíblica*, 10: 328-331.
- Zorn, J. (2012): “Is It David’s Tomb?”. *Biblical Archaeology Review*, 38: 45-52.

Apéndice: Transcripción de la carta de Andrés Fernández Truyols a Ramón Aguiló

IHS

Mi muy querido en X. Hº Ramón Aguiló y carísimos filósofos;
P.Xti.

Dícese allá en nuestra tierra que «A sants y minyons nols prometes que nol dons». Vds. pasaron ya de la segunda categoría, pero encuadran perfectamente en la primera. Si S. Pablo escribe a los santos de Corinto, con mayor razón se puede llamar santos a los filósofos de Sarriá. Voy, pues, a cumplir mi promesa.

Aunque al decidirnos a emprender las excavaciones de T. Ghassul se pensó naturalmente que darían resultados de alguna importancia, esta empero vino a ser mucho mayor de lo que en un principio se había previsto. No que se hayan descubierto construcciones monumentales. Nada hay que pueda compararse con las murallas de Siquén, de Jericó, de Tell en-Nasbe o de la antigua Hai; ni con el palacio persa de Tell ed-Dweir, probablemente la célebre Lakish; ni con los soberbios monumentos desenterrados en Sebastiyé, la antigua capital del reino de Israel. Nada de esto: las ruínas son modestas. Pero se dió con algo que, desde cierto punto de vista, pueda quizá tenerse por más importante; y es que las excavaciones de aquel sitio, perdido en la región hoy desierta del valle del Jordán, revelaron una nueva civilización hasta entonces desconocida. «La cerámica, dice un arqueólogo, de índole muy primitiva, abre todo un nuevo período de historia, del cual nada se conocía». Y un Profesor alemán escribía: «Aunque no se han descubierto muros de ciudad, ni fortalezas, ni grandes construcciones, los objetos empero que se han encontrado nos dan a conocer una civilización muy antigua importada de fuera». Y termina con estas palabras: «Séame permitido expresar aquí mi satisfacción por esa empresa altamente meritoria y de grande utilidad para la ciencia, y el deseo de que con paso seguro siga adelante». Y finalmente, por no alargar más, en estos últimos años otro bien conocido arqueólogo escribía: «Al P. Mallon cabe la gloria de haber sido el primero en desenterrar una completamente nueva y muy notable etapa neolítica y calcolítica de la civilización palestinense». Y tanto es así que dicha etapa — que más tarde se fué descubriendo también en otros sitios — se le da el nombre de Ghassuliana.

Una de las características de T. Ghassul es su relativamente grande extensión, que supera en mucho la de otras antiguas ciudades, por ejemplo Jericó, Megiddo etc. Esto se debe probablemente al hecho de no estar la ciudad amurallada y por consiguiente podía extenderse con toda libertad.

Se han distinguido cuatro niveles separados unos de otros por anchas capas de ceniza; es decir, que se fueron sucediendo en aquel sitio no menos de cuatro ciudades, superpuestas la una a la otra.

Las casas son espaciosas y de forma bastante regular. Se distinguen perfectamente varias calles, que están bien alineadas. Las paredes hechas de ordinario con ladrillos de forma irregular, cocidos al sol, muy resistentes, y en muchos de los cuales se conserva la impresión de los dedos del alfarero. En no pocas de las casas se ve bien la entrada con la piedra inferior bien alisada del mucho pasar; y en casi todas sí los o depósitos más o menos grandes, que probablemente servían para conservar los cereales; y se reconocen los hogares y los hornos donde cocinaba aquella gente y cocía el pan.

Numerosos y variados son los objetos que se han encontrado. Por de pronto gran cantidad de sílex, o sea, instrumentos de piedra de tamaño y de forma muy diversas. Y cuanto a la cerámica, se han desenterrado jarras enormes, algunas de las cuales miden no menos de un metro de diámetro; ánforas pequeñas de graciosa forma; copas elegantes; vasos modelados a manera de cuernos o de conos vueltos hacia abajo, y algunos que en cierto modo imitan la forma de pájaro. Se hallaron asimismo numerosas figuritas de mujer y de animales, todas ellas de carácter primitivo; y no pocos objeto [*sic*] de adorno, como perlas de collar, pendientes, pectorales hechos de hueso, de nácar o de hematites.

Pero lo que más llamó la atención y que constituye, como observa un escritor, «una inaudita sorpresa», fueron varias pinturas cuya existencia nunca nadie allí habría sospechado. Señalaremos únicamente la primera y la última, que son las principales.

De aquélla no se ha conservado sino la parte inferior; pero, aunque muy mal parada, pueden reconocerse en ella hasta cinco personas, unas de pie, otras al parecer sentadas, puestas en fila frente a unos rayos que descienden de lo alto. Dominan los colores encarnado y amarillo. La pintura había cubierto el muro de una casa. Su altura era de metro a metro y medio, y a su altura debía de corresponder su longitud. No es fácil precisar la significación de ese cuadro; pero es muy probable que se trata de miembros de una familia en adoración delante de un objeto que, a juzgar por los rayos, sería sin duda una estrella o el sol.

Tal interpretación parece en algún modo confirmarla la otra pintura. Es un disco en forma de estrella con ocho rayos de notable grandeza, pues el conjunto mide no menos de 1,84 metros. Dichos rayos son alternativamente negros y encarnados, cruzados en parte por líneas ondulantes de color blanco. En el centro se distinguen varios diseños, con círculos concéntricos y dos estrellas paralelas a la formada por los grandes rayos. Parece poder asegurarse que era objeto de índole religiosa, al que debía de rendirse culto. Sabido es que en la antigüedad estaba muy extendido el culto del sol; y por lo que hace a Palestina en particular, lo demuestran los numerosos sitios que llevan el nombre de dicho astro.

Sea cual fuere el simbolismo de las referidas pinturas, de una cosa no cabe dudar y es que ellas revelan un estado de cultura notablemente elevado en la población que tales obras de arte producía. De fijo nadie hubiera sospechado que existiera tal grado de civilización en tan remotas edades dentro el valle del Jordán. Y nótese que el número de pinturas era mucho mayor; sólo que después de varios miles de años fácilmente se comprende que no hayan podido conservarse; pero los restos de muchas se han encontrado.

Estos hallazgos, que en parte han sido verdaderamente sorprendentes, suscitan, claro está, varios problemas. En qué ambiente se ha de colocar la cultura de T. Ghassul? Cuál es su origen? Qué pueblo habitó aquella ciudad? Cuál era su religión? A qué época se remonta? Otras tantas cuestiones que es fácil plantear, pero muy difícil resolver.

Cuanto a la procedencia de los habitantes, nada con certeza es dado afirmar: hay que contentarse con hipótesis más o menos plausibles. Algunos son de parecer — y es lo más probable — que se trata de una población venida de la Caldea o de la Mesopotamia, fundándose en la semejanza que ofrecen varios de los objetos hallados en T. Ghassul con los de aquellas regiones. Esta hipótesis se halla en perfecta armonía con las líneas generales de la historia. Sabido es, en efecto, que hubo una o varias emigraciones de pueblos del Oriente hacia Canaán, de las cuales sería no más que un episodio — singular, ordenado por Dios y encaminado a los altísimos fines de la divina Providencia — la venida del patriarca Abrahán.

Por lo que a la época se refiere, desde el principio se pensó — y fué opinión bastante general de los arqueólogos — que la ciudad había empezado hacia el año 3000 antes de Cristo y había sido definitivamente destruída por los años 2000 o poco después.

Esta fecha junto con la topografía de T. Ghassul sugirieron espontáneamente el planteamiento de un problema bíblico bien conocido, que de largos años se viene discutiendo sin que hasta el presente se haya llegado a una solución del todo satisfactoria: la situación de la Pentápolis.

Sabido es que en el cap. 14 del Génesis se habla de una expedición militar de cuatro reyes orientales contra los reyes, o más bien reyezuelos de cinco ciudades, cuyos nombres se especifican: Sodoma y Gomorra, Adama, Seboim y Bala o Segor. Conocido es asimismo el relato de los capp. 18 y 19, en que se narra la destrucción de Sodoma y Gomorra.

Que dichas ciudades se hallaban en el valle del Jordán no cabe duda; pero cuanto al sitio preciso en que han de colocarse, corren sobre este punto diversas opiniones. La gran mayoría de los autores las sitúan al Sur del Mar Muerto; pero no faltaron — especialmente escritores de lengua inglesa — quienes las pusieran al Norte del mismo. En tales condiciones no es maravilla que surgiera como espontáneamente esta pregunta: No serán por ventura estas ruínas las de alguna de las ciudades de la Pentápolis, quizá Sodoma o Gomorra? Y esto tanto más cuanto que no faltaban ciertos indicios que favorecían dicha hipótesis. Por de pronto el tiempo. Puesto que Abrahán suele (o solía: de algunos años acá se desplazó un tanto la época) fijarse entre 2200 y 1800 antes de Cristo, esta fecha coincidía más o menos con el último período de la ciudad. Además, las extensas capas de ceniza que por todas partes se descubrían corresponden en un todo al relato bíblico de que Sodoma fué destruída por fuego llovido del cielo. Pero la solución definitiva dependía de la que se dé al problema de índole más general que arriba insinuábamos; esto es, si la Pentápolis ha de colocarse al Sur o al Norte del Mar Muerto.

La Biblia no da a esta pregunta un [*sic*] respuesta clara y decisiva: contiene, sí, varios pasajes más o menos relacionados con el sitio de dichas ciudades; pero ellos son tales que unos suelen aducirlos en favor de la teoría del Norte, y otros en pro de la del Sur. Una cosa es cierta, y es que en la región Sur no se encontró hasta el presente vestigio alguno de habitación antigua, es decir, que se remonte a fines del primer bronce, hacia el año 2000. Las ruínas de Zoar (Segor) no van más allá de la época bizantina o romana. En vista de ello se acudió a una hipótesis, que es hoy día la más generalmente admitida.

El Mar Muerto, o Mar de Lot, según lo llaman los árabes, se divide, como es sabido, en dos partes desiguales y bien distintas entre sí, separadas por la península denominada Lisan, por tener la forma como de lengua. La septentrional, de mucho mayor extensión, es muy profunda, mientras que en la meridional la profundidad no es sino de 4 a 12 metros; y parece que no ha mucho había en Kerak y entre los beduínos de aquella región ancianos que recordaban cómo se vadeaba el mar pasando a pie sin dificultad de uno a otro lado. Ahora bien, puesto que fuera de las aguas no se encuentra sitio oportuno para colocar las ciudades, se dió en suponer que la sección meridional estaba en seco al tiempo de Abrahán, y que allí precisamente se hallaba la Pentápolis, o parte de la misma: la invasión de aquel fértil valle por las aguas habría sido efecto de la gran catástrofe que sepultó para siempre aquellas ciudades nefandas. Y esta explicación es tanto más plausible cuanto que se hace valer en favor de la misma la observación del autor sagrado en Gen. 14, 3.

De todas maneras por lo que hace a T. Ghassul en particular, si viene a confirmarse plenamente la fecha que hoy día señalan la mayor parte de los arqueólogos a sus ruínas, que es 4000 a 3000 a.C., es claro que no es posible identificarlo con ninguna de las ciudades de la Pentápolis, pues no es posible hacer remontar a tal fecha la época de Abrahán.

Voy a cerrar esta carta con unas breves líneas sobre la edificante y prematura muerte del que fué el primer director de las excavaciones. Terminada la última campaña, a mediados de Marzo de 1934 el P. Mallon siguió bajando repetidas veces en un breve espacio de tiempo al valle del Jordán con el fin de precisar varios detalles para la publicación que se estaba preparando. Estas frecuentes idas y venidas fueron fatales a su salud ya de suyo delicada. En la noche del Sábado al Domingo de Ramos sintióse mal. Quien esto escribe tuvo el consuelo y el dolor de asistirlo en su enfermedad y administrarle los últimos sacramentos, y nunca olvidará la paz, la tranquilidad de aquella alma consciente de que dentro de poco iría a presentarse ante el tribunal del Juez Supremo, a quien sin duda miraba él más bien como Padre. El Señor le habrá dado ya el premio de sus trabajos.

Aquí pensaba poner punto final, limitándome a T. Ghassul; pero como dice V. en su carta que a algún filósofo le interesan en modo particular las excavaciones, voy a decir unas palabras sobre algunas de las principales.

Por una de estas debe ciertamente tenerse la de Tell ed-Dweir, uno de los más hermosos Tells de Palestina, situado unos 7 km al Sudoeste de Eleuterópolis, la actual Beit Djibrin. No pocos autores, y no sin bastante sólido fundamento, colocan allí Lakish, la ciudad sitiada por Sennaquerib, de donde envió sus embajadores a pedir la rendición de Jerusalén; episodio en que tan glorioso papel jugó el profeta Isaías. La excavación, prolongada por varios años y aun no terminada, dió riquísimos resultados. Halláronse dos (quizá tres) santuarios, de los cuales uno preisraelítico, donde se [ve] (o más bien se veía, porque las aguas lo han destruído) perfectamente el altar, y los bancos de tierra donde se colocaban las vasijas que contenían las ofrendas, y un recinto detrás del altar, que debía de ser algo así como sacristía. Muros sólidos, con la puerta de la ciudad verdaderamente monumental. Y al pie de los muros el plano inclinado de los Hyksos, formado de tierra apisonada recubierta con una capa de materia dura. Un corredor subterráneo, que a juicio de los arqueólogos era una mina para penetrar en la ciudad. El magnífico palacio de los gobernadores persas, con su espacioso salón, cuyo techo estaba sostenido por columnas. Y debajo de este se espera encontrar el palacio de los reyes de Judá. Pero el hallazgo más precioso fueron los documentos hebreos, los más antiguos fuera de la inscripción de Siloe. Es interesante que el nombre de Lakish se lee en la carta IV donde se dice que se están observando las señales de Lakish, pues han cesado las de Azeca. Se trata sin duda de la antigua telegrafía sin hilos.

Muchas otras particularidades pudieran mencionarse; pero lo dicho es lo principal.

Las excavaciones de Jericó ofrecen especial interés por su íntima relación con la Biblia; relación tal que la campaña de la segunda época (1930) fué inspirada por el deseo de ver confirmada por la arqueología la veracidad del relato bíblico. También desde otro punto de vista resulta instructiva la historia de dichas excavaciones: nos pone en guardia contra la sobrada facilidad en aceptar como definitivas las conclusiones de los arqueólogos.

Dejando aparte varios muros de menor importancia, dos son los principales que se pusieron, y se mantienen aún al descubierto: un muro doble de ladrillos que corre por la cresta del tell, y otro de piedra, mucho más amplio, y que circunda dicho tell por su base. Los que emprendieron las primeras excavaciones — alemanes — en 1908 pensaron que el muro de ladrillo, como más primitivo y más sencillo era anterior al muro de piedra, más perfecto y en cierto modo grandioso. Más tarde se trocaron los papeles: se dió prioridad al muro de piedra, el cual fué reemplazado más tarde por el muro de ladrillo; y esta es actualmente la cronología relativa aceptada, cabe decir, por todos los arqueólogos. Este segundo muro de ladrillo es el que existía al tiempo de Josué. Cuanto a la fecha precisa de su destrucción no reina perfecta unanimidad de pareceres; Garstang la coloca hacia 1400 mientras que el P. Vincent la hace bajar hasta 1250. Esta diferencia tiene naturalmente su repercusión en la fecha del Exodo: si el Faraón de los hebreos fué Tutmosis III o bien Ramses II; problema empero que ha de resolverse por otros elementos, pues la arqueología no alcanza a fijar la fecha exacta de la toma de Jericó.

No hay por qué siquiera mencionar aquí la opinión de algunos, que se lanzan a afirmar que al tiempo de la entrada de Israel en Palestina todos los muros estaban ya por tierra, y que por tanto el relato bíblico ha de tenerse por pura leyenda. Audacia pseudocientífica! y nada más.

Desde Jericó penetró Israel en la región montuosa hacia el Noroeste a la conquista de Hai, identificada con el actual et-Tell, no mucho al Este de Betel. En 1933 una judía, Judit Marquet Kraus [*sic*], emprendió unas excavaciones en grande escala que dieron espléndidos resultados. Un admirable sistema de defensa, constituido por dos — y aun en ciertos sitios, tres — fuertes muros, todos ellos de notable espesor. Ciudad inferior y superior. En esta se hallaron el palacio real y dos santuarios. A juicio de no pocos arqueólogos los principios de la ciudad se remontan hacia el año 3000, y fué destruída unos diez siglos más tarde, por los años 2000. Quedó desde entonces en ruínas, y no fué restaurada sino hacia 1200, cuando Israel estaba ya establecido en Palestina.

Como fácilmente se deja entender, tales conclusiones plantean un problema de cierta gravedad. Bien que no cabe fijar con precisión la entrada de Israel en Palestina ello es cierto que, en cualquier hipótesis, ha de colocarse entre 1450 y 1200. Ahora bien, si durante todo este período la ciudad no era sino un montón de ruínas no había para qué conquistarla. Y en tal caso qué pensar del relato bíblico que nos presenta Hai como ciudad fortificada, defendida por sus habitantes, quienes lograron a los principios poner en fuga a los invasores? Es evidente que en tal caso la descripción tan minuciosa del ataque, de los ardidés estratégicos, de la matanza de los habitantes, del incendio de la ciudad, no pasa de interesante leyenda.

Una solución obvia sería negar la identificación de Hai con et-Tell: quedara con esto sustraída a la dificultad su misma base. Y en efecto no falta quien dude de tal identificación. Tal solución, de suyo fácil y cómoda, la tengo por de todo punto inaceptable. A quien, colocado en la cima de et-Tell, haya leído detenidamente el relato bíblico no creemos le sea posible ni siquiera poner en tela de juicio la identificación

de la colina con la ciudad que se dice conquistada por Josué: tal es la conformidad de la topografía con la narración, y con tan sorprendente precisión encajan en esta las particularidades del sitio. Por otro camino hay que buscar, pues, la solución.

Varias se han propuesto. 1) Hubo verdaderamente conquista de ciudad; pero esta no fué Hai sino Betel, que se encuentra a pocos kilómetros de distancia de aquélla hacia el Oeste. La narración bíblica es histórica; sólo que se confundió una ciudad con otra: [sic] no hay sino que sustituir Hai por Betel. Así el profesor Albright. 2) El Sr. Marquet, marido de la que hizo las excavaciones, Judit Marquet-Kraus, propuso en una conferencia otra explicación, que fué luego aceptada y ampliada por el P. Vincent. Hai estaba en ruínas, pero no arrasada al suelo; quedaban en pie trozos de los muros, paredones de las casas, de suerte que el conjunto podía en cierta manera ofrecer un conveniente punto de defensa contra una posible invasión. Allá pues acudieron los habitantes de los pueblos circunvecinos para oponerse al paso de Israel. Con tal hipótesis se armonizan las conclusiones de la arqueología con la veracidad del autor sagrado.

Mucho me temo que tal armonía tenga no poco y aun mucho de artificial. El relato bíblico refleja condiciones muy diversas. Se trata de verdadera ciudad y no de ruínas, por importantes que estas se supongan. Los combatientes no son gente advenediza, sino los habitantes propiamente dichos. Hay allí un rey, que no lo es de una región vecina, sino de la ciudad misma de Hai.

Y por lo que hace a Betel, caso muy extraño que desapareciera de la tradición un nombre generalmente conocido y célebre en la historia de Israel, para dar lugar a otro que apenas se halla fuera del período de la conquista.

Qué solución dar, pues, al difícil problema? Es de advertir que, antes ya de las excavaciones propiamente dichas, dos arqueólogos de reconocida autoridad (Garstang y Albright) habían estudiado la cerámica de et-Tell, y llegado a la conclusión de que la ciudad fué destruída hacia el 1500, es decir, cinco siglos más tarde de la fecha fijada por Judit Marquet-Kraus; y Garstang añadía que aun cerámica posterior al siglo 15 no faltaba en el Tell, si bien escasa. En tales condiciones una cierta desconfianza respecto de las conclusiones que muchos pretenden hoy dar por definitivas está perfectamente justificada. Ni se dió aún la última mano a las excavaciones. Años atrás un sacerdote, antiguo alumno del Instituto Bíblico, vino a Palestina para continuarlas. Desgraciadamente por los disturbios arabo-judíos tuvo que renunciarse a ello. Es posible que nuevos trabajos den con cerámica que se dice no haberse encontrado hasta ahora, y obliguen a modificar conclusiones que se tenían por sólidamente establecidas. No fuera este el primer caso. Lo más prudente, y también lo más científico, pues, hoy por hoy, es mantenerse en una confiada reserva, y esperar a que nuevos elementos permitan formular un bien fundado juicio.

Otra de las excavaciones que ha dado y seguirá dando excelentes resultados es la de Megiddo, una de las fortalezas cananeas que ceñían y defendían la grande llanura de Esdrelon. La excavación tuvo dos épocas: la primera en 1903-1905, hecha por alemanes; la segunda desde 1925 y todavía no terminada, emprendida y continuada por arqueólogos de Estados Unidos. Esta última sobre todo ha sido fecunda en hallazgos de suma importancia, algunos de los cuales vamos brevemente a mencionar.

Uno de los objetos que despertaron mayor interés fué una instalación donde se hallaron numerosas piedras en forma de pequeñas columnas toscas. Pensóse de pronto que serían massebas como las que se encontraron en Gezer, y que por tanto se trataba de un santuario. Mas pronto se vió, sea por el gran número de tales columnas, sea por otros elementos que las acompañaban, que el edificio había servido a

un fin mucho más vulgar: era una serie de establos para caballos; y como el nivel en que aquél se halla pertenece a la época de Salomón, y por otra parte es sabido que el gran monarca no se desdeñó de comerciar con tales animales, no es de maravillar que a la curiosa instalación se la bautizase desde entonces con el nombre de «Establos de Salomón». Era un área de hasta 55 metros de largo por 22 de ancho, dividida en varias salas, todas bien pavimentadas. A ambos lados de cada una una serie de pequeñas pilstras, y entre estas los pesebres. El conjunto era capaz de hasta 120 caballos.

Anterior a esta construcción salomónica es el palacio del rey cananeo, que admira por su grandiosidad, y que debía de ser también muy rico, como que en él se hallaron numerosos objetos de marfil de una delicadeza de trabajo admirable. Sería el monarca que, junto con sus aliados, entre los cuales el poderoso rey de los Heteos, fué derrotado por el Faraón Tutmosis III. Y a propósito de esto voy a hacer una breve digresión recordando un interesante episodio, cuyo teatro varias veces visité.

Llegado el ejército egipcio a cierto lugar identificado con Tell Assawir, en la desembocadura occidental de Wadi Ara, se encontró con el punto de partida de dos caminos que conducían ambos a Megiddo, con la diferencia que el uno era más corto pero peligroso, el otro más largo pero seguro. Tutmosis reunió en consejo a sus generales para decidir cuál de los dos caminos tomar. Todos unánimemente fueron de parecer que se había de seguir el camino más largo y evitar a toda costa el más corto, por ser este, decían, peligroso en extremo, como que «en cierto punto se va estrechando de tal manera, que el enemigo podría fácilmente hostigar de ambos lados el ejército». Observación por cierto muy juiciosa, y que responde perfectamente a la realidad, según varias veces pude comprobar; mientras que el otro camino, que también recorrimos con los estudiantes, corre siempre por terreno ancho y despejado. Mas el monarca no fué de este parecer. «Yo, dijo resueltamente, voy por el camino corto: quien quiera seguirme, que me siga». Y esta resolución, de suyo tan imprudente, dió, o por lo menos contribuyó no poco a dar la victoria. Pues aconteció que los defensores de Megiddo, pensando, precisamente por lo peligroso del camino corto, que no lo tomarían los egipcios, lo dejaron descuidado y casi indefenso, resultando que fueron sorprendidos del enemigo que se presentó de improviso por donde menos le esperaban.

Otro de los hallazgos dignos de mención es lo que pudiéramos llamar una instalación hidráulica, común a no pocas ciudades cananeas. Del extremo de un pozo, que baja a unos cuarenta metros de profundidad, arranca un túnel de tres metros de altura por dos de anchura, que va a desembocar en una grande caverna en cuyo fondo brota una fuente. Del lado opuesto conduce otro túnel al pie de la colina, de suerte que había acceso al agua de la parte interior de la ciudad y de la exterior. Tal disposición era muy cómoda para los habitantes; y resultaba particularmente ventajosa en tiempo de guerra, pues cerrando al enemigo la entrada exterior quedaba libre la interior. Son numerosas en Palestina las ciudades fortificadas que disponían de tales túneles, por donde se abastecían de agua. Pueden verse aún hoy día los verdaderamente grandiosos de Gezer y de Bileam; y no ha mucho estaban visibles los peldaños por los que en Gabaón se bajaba de la ciudad a su magnífica fuente. Muy interior o del exterior de los muros (punto todavía hoy dudoso) se descendía por un plano inclinado a una especie de rellano, donde se abría un pozo vertical, por el cual dejábase caer el cubo o cántaro hasta el fondo, donde había el depósito de agua alimentado por la fuente. Era de grande comodidad para los habitantes; y en tiempo de guerra sustraía-se el agua al enemigo obstruyendo el acceso de fuera.

Y pues tocamos Jerusalén voy a terminar esta ya larga carta con unas breves notas sobre las excavaciones practicadas en esta ciudad. Digo breves notas, porque la descripción un tanto detallada de dichas excavaciones llenaría páginas y más páginas.

Dejando aparte otras anteriores, de limitado interés, las excavaciones de verdadera importancia se iniciaron en 1867 y se han ido continuando con diversos intervalos y en distintos sitios hasta 1937; y si se cuentan las más reducidas en la llamada Torre de David (antiguo palacio de Herodes) y en la Puerta de Damasco, aun más allá.

Los principales hallazgos fueron: Un muro con ligera pendiente, que no pocos piensan pertenecer a la época jebusea, y sería el mismo de donde los habitantes de la ciudad, creyéndose al seguro, mofábanse de David. A este se atribuyen dos partes de muralla a uno y otro lado de la anterior. Hay que observar empero que estas conclusiones de los arqueólogos son ciertamente probables, mas no cabe darlas como definitivas. Otro descubrimiento fué todo un sistema hidráulico destinado a sacar el mayor partido posible del agua de la fuente; fuente que los cristianos llaman «fuente de la Virgen»; los musulmanes, «fuente de la escalera», y que es la antigua fuente de Gihón, adonde del próximo palacio real bajó Salomón, caballero en la mula de su padre David, para ser ungido por rey. Ya los jebuseos abrieron un acueducto para llevar las aguas a una piscina excavada a cierta distancia, del lado Sur. Más tarde abrieron (probablemente los reyes de Judá) un túnel interior con el mismo objeto. Finalmente un tercer túnel más al fondo del monte fué excavado por el rey Ezequías, túnel por donde corre actualmente el agua, y que desemboca en la nueva piscina hecha por el mismo monarca, y que es un verdadero santuario, pues allí se obró el milagro del ciego de nacimiento; y precisamente por esto en el siglo quinto levantó en aquel sitio la emperatriz Eudocia un templo del que aun hoy día se conservan los restos, encima de los cuales construyeron los musulmanes una mezquita. Dentro del túnel se encontró la inscripción hebrea, en que se habla del encuentro de los dos grupos de obreros que tras muchas vueltas y revueltas lograron al fin venir a dar en el mismo punto. Las excavaciones de 1913 a expensas de Rotschild se emprendieron con el fin de descubrir el sepulcro de David. Se halló en efecto una necrópolis, en que aun hoy pueden verse varios grandes y magníficos sepulcros. Cabe dar alguno de ellos por el del rey-salmista? Hay que contestar con un punto de interrogación. En el fondo, bajo dichos sepulcros vese la base de una torre. No pocos creen ser la torre de que habla Jesús en el Evangelio. Es muy posible.

Las excavaciones de 1926-7 en la región Norte de Jerusalén pusieron de nuevo sobre el tapete la célebre cuestión del tercer muro levantado, pero no terminado por Agrippa. Confirmaron la opinión de los que de tiempo aseguraban que dicho muro era mucho más extenso que el actual, construído por Solimán. Dicha opinión se acuerda perfectamente con la descripción de Josefo. En favor de la misma se declaran hoy, y a mi juicio con muy sólido fundamento, la gran mayoría de los arqueólogos en contra del P. Vincent, quien sigue identificando el muro de Agrippa con el actual de Jerusalén, y atribuye el muro nuevamente hallado a Barkokeba, lo cual, dicen varios autores, y con sobrada razón, es una imposibilidad moral; o por citar su misma frase en inglés, en un «nonsense».

En las fervorosas oraciones de V. y de todos esos buenos filósofos muy de veras me encomiendo.

Affmo. siervo en Xto

A. Fernández

Jerusalén

21 sept. 1946

Excavaciones

Carta al H. Aguiló

Sarriá

enviada 21 Sept 46

Excavaciones

Carta 3ª